



CUANDO TIEMBLAN LOS EMIRES

El hombre más rico del mundo no es americano. Tiene sesenta años, un rostro suave, ojos de un negro líquido, barba puntiaguda, el corazón tierno y la cabeza llena de sueños. Suspira: "Rey o mendigo, todo es tan breve, tan cambiante... Dios me ha dado la fortuna; podría igualmente quitármela. ¿Qué más da?"

Por el momento es rey, príncipe, emir, jeque de Abu Dhabi —un emirato del petróleo donde todo le pertenece, donde la renta media por habitante es con mucho la más elevada del mundo—. Pero el jeque Zayed se acuerda de haber llegado a llorar de hambre, hace menos de quince años, bajo una tienda de piel de cabra quemada por el sol, con sólo tres huesecillos de débil que llevarse a la boca. Y en el harén, que tiene aspecto de villa monegasca, en medio de un inmenso jardín al que nadie se acerca, una vieja (los harenes están siempre poblados de viejas y de niños) habla por debajo de su velo negro de las largas caravanas que se dirigían a El-Ain, cuando había que caminar durante días enteros en compañía de algún que otro camello, animal entonces tan escaso. La gente moría por el camino. Las mujeres daban a luz en la pista. Mal, la mayor parte de las veces. Había que

extraer a los niños con ayuda de un puñal, a trozos, para librar a la madre. A continuación, se cauterizaba con un puñado de sal.

Sí, en los emiratos milagro, la increíble y súbita fortuna no ha hecho olvidar una miseria que queda todavía próxima. Aquí, Cadillacs, palacios, palmeras, hospitales, rascacielos, autopistas, piscinas y grandes ho-

tales han surgido en cinco años de las arenas del desierto. La cifra de importación de joyas es más elevada que la que representa la importación de alimentos o de materiales de construcción. Pero Dios nos podría quitar un día todo lo que nos ha dado... El jeque Zayed está preocupado, y con razón: desde hace dos meses, en la fabulosa Arabia ha variado el paisaje político. ¿Petróleo? No, el petróleo se vende bien, incluso mejor que antes. Pero el Irán se desmorona, se diluye en una incontrolable revolución.

El Sha, coloso con pies de arena, no será más ese gendarme detestado, pero útil, que, en la otra orilla del golfo de Esmeralda, hacía desfilar a su superpoderoso Ejército y aparecía como una última barrera contra

el ascenso de los "peligros comunistas". El Irak baasista, el Yemen, Somalia, Etiopía, Afganistán habían caído, uno tras otro, en el tablero rojo. Algo preocupante, pero no dramático: el Irán había reducido la rebelión del Dhofar, los barcos del Sha patrullaban por el golfo y vigilaban el estrecho de Ormuz, por donde pasa el 60 por ciento del petróleo occidental,

JOSETTE ALIA

el 80 por 100 del petróleo japonés.

“¿Los chiitas?, comunistas...”

Hoy, el gendarme se desmorona. Y los emires del petróleo, preocupados, vulnerables, descubren que son archimillonarios... pero están desnudos. La peste está en casa. Llega el contagio iraní, y nadie está protegido. "No nos queda más que esperar y rezar", me dijo la semana pasada un ministro. Por vez primera, el golfo, reserva mundial de energía, pulmón, proveedor y banquero del mundo occidental, se siente y se sabe en peligro.

¿Qué hacer? Nada. Los emires multimillonarios que com-

praban o financiaban regímenes no tienen ahora ningún poder o medio de acción sobre los acontecimientos iraníes. ¿Pueden como mínimo protegerse a sí mismos? Difícilmente. De ahí que ahora, ante la crisis iraní, pongan en cuestión tres puntos esenciales, que son: 1) la defensa del golfo; 2) la protección americana; 3) el modelo de desarrollo.

Primer punto: el modo en que se ha hundido el Sha obliga a preguntarse para qué sirve un Ejército. "El Ejército iraní no habrá salvado al Sha", afirma Abdelaziz Hussein, ministro de Estado kuwaití, quien añade, pensativo: "Además, en nuestros países, ¿no es un peligro el Ejército". En efecto, si nos fijamos en los precedentes del Yemen, Etiopía o el Afganistán, resulta que la revolución llega siempre por la vía del Ejército y sus oficiales. Y los emires lo saben bien, el verdadero peligro para ellos no está en el exterior: un hipotético ataque aerotransportado sobre los pozos de petróleo sería respondido inmediatamente por las fuerzas del protector americano. Pero, ¿qué hacer contra los atentados o las huelgas que paralizan la extracción y la producción como en el Irán?

¿Contra los combates callejeros, las guerrillas? El riesgo,

evidentemente, desde Kuwait hasta Omán, es sobre todo el de la desestabilización interna. Que, contrariamente a lo que se piensa, puede producirse, bien por contagio iraní, bien mediante revueltas de minorías o provocadas por la miseria.

El contagio iraní es chiíta. Desde siempre, el chiismo en el Islam representa la contestación, el elemento perturbador. Sólo los chiítas se atreven a poner en tela de juicio el poder temporal, siempre vinculado en el Islam ortodoxo al poder espiritual, que es quien lo justifica. Pero no se limitan a ponerlo en tela de juicio, sino que en todos los casos se niegan a participar. Cuando el Baas iraní toma el poder en Bagdad, los chiítas, a pesar de su condición de instigadores e inspiradores del Baas, abandonan el movimiento y reconstituyen una oposición o se unen a los comunistas. Para ellos, todo poder es impuro, y como tal debe ser combatido: lo

portantes del mundo islámico se sitúan en países —Irán e Irak— de mayoría chiíta. En cualquier caso, los Gobiernos árabes, cuando se sienten amenazados, no se paran en detalles: en Bagdad, el Gobierno baasista, que teme un contagio iraní, arresta a uno o dos mollahs chiítas, fusila a oficiales comunistas, detiene a otros muchos militantes y expulsa a Khomeini, nada más iniciarse la crisis del Irán.

Los emires del golfo no pueden aplicar esta política expeditiva. Pero temen por Bahrein (50 por 100 de chiítas) y por sus yacimientos petrolíferos: los chiítas están instalados en todos los países, salvo Irán, donde hay petróleo. Son 100.000 en Kuwait, 400.000 en las costas petroleras de Arabia Saudita. "Sabemos que aproximadamente 80.000 chiítas iraníes llegan cada noche a nuestras costas —dice un kuwaití—, pero se funden con la población, encuentran asilo en casa de otros chil-

mación se ponen en huelga, el agua se detiene y el país se muere: hace treinta años, en Kuwait, había que esperar diariamente a que llegase por barco el agua potable desde el Irán. Pero, ¿desean los palestinos tomar el poder en Kuwait? Aparentemente, no. No repetirán el error cometido en Ammán, en septiembre de 1970, y no renunciarán ni a Palestina ni a su principal apoyo financiero árabe. Los emires confían ciegamente en ellos.

Por el contrario, los tumultos, inesperados y brutales, podrían tener como causa la miseria. Iraníes, pakistaníes, indios, todos los pobres del subcontinente asiático llegan aquí por millares. Barren, friegan, descargan camiones, trabajan como basureros: son los esclavos humillados de esa minoría beduina para la que el trabajo manual es algo degradante.

Explotados por los modernos mercaderes de esclavos, que

Demasiado dinero, pocos hombres

Mientras Irán hacía el papel de gendarme local, estos datos de base permanecían en segundo plano. Hoy, sin embargo, adquieren relieve. Si un motín hace arder los palacios, ¿cuáles son las posibilidades de reacción de los poderes locales? ¿Y cuál es su grado de vulnerabilidad?

La respuesta es sencilla. No existen en el golfo más que dos Ejércitos serios: el iraní (190.000 hombres, una buena artillería) y el de Omán (20.000 hombres ligeramente armados, pero bien entrenados). ¿Y los demás? El problema es siempre el mismo: demasiado dinero, pocos hombres. Los emires compran un armamento super-sofisticado (particularmente a Francia). Pero, ¿dónde están los pilotos, los mecánicos, los conductores de tanques? En Abu-Dhabi, por ejemplo, el comandante de la Marina es egipcio, el general que manda el Ejército del Aire es pakistaní, los oficiales son jordanos, la mitad de la clase de tropa, del Omán. Lo que es totalmente normal: la vida de cuartel no tienta a los ricos súbditos del emir... Aparte de que los Mirage, aunque estén pilotados por extranjeros, no van a servir para traer de nuevo el orden a las medinas. Hay que encontrar una solución: desarrollar sobre todo las fuerzas de intervención ligeras, rápidas —compuestas en la medida de lo posible por nacionales—. Esta reconversión, urgente, ya se ha emprendido en la mayoría de esos países. Kuwait parece estar equipando comandos, Bahrein dispone de unos 2.000 hombres, los cuales están perfectamente entrenados para combates callejeros.

El caso de Arabia Saudita es algo distinto: de territorio mucho más vasto, menos poblado, más cerrado, este país tiene largas fronteras que defender. Necesita a la vez un Ejército clásico (60.000 hombres), donde predomina la aviación ("Aprendimos de los israelíes, en 1967, que la aviación era el arma del desierto", afirma un general saudita), y un arma para mantener el orden. Esta última —la Guardia Blanca, 35.000 hombres— es, sin duda, la más eficaz del golfo. Pero su reclutamiento es tribal, y su utilización, limitada: no se puede enviar fácilmente a los beduinos del Nejd (en el Norte) a operar junto a la frontera del Yemen (en el Sur). Las zonas más pobladas son, pues, las mejor defendidas. Por desgracia, no son



Un grupo de iraníes opuestos a la tiranía del Sha incendian y derriban un autobús: ¿Sucesos que puedan repetirse mañana en la otra orilla del golfo?

que hacen con siniestro vigor y temible eficacia, incrementada por su fe en el valor de salvación del martirio.

Los dirigentes musulmanes, ya sean emires o presidentes, ven evidentemente con malos ojos a esas masas de exaltados que se exponen a todo tipo de golpes, conducidos por un clero pobre e inflamado que predica un Islam igualitario y místico. "¿Los chiítas? En el fondo son comunistas", comenta un dirigente wahabatita. Es cierto que chiítas y comunistas tienen en general idéntica "clientela" sociológica: reclutan a su gente entre los pobres..., y que los únicos partidos comunistas im-

tas. ¿Son refugiados o agitadores?"

Mucho más conocido que el peligro chiíta, pero menos real, el "peligro" palestino es evocado también en estos países. Son muy numerosos los palestinos en el golfo, y sobre todo en Kuwait (250.000 contra 350.000 kuwaitíes). Ingenieros, altos funcionarios, médicos, consejeros políticos, técnicos, gracias a ellos funciona el país. La distribución de agua desalinizada, por ejemplo, está regulada por un ordenador extremadamente sofisticado, casi único en el mundo (sólo existe otro ejemplo en San Francisco). Si los ingenieros encargados de la progra-

son sus "sponsors" (1) locales, viven algo mejor que en sus propios países. Pero, ¿cómo podrían no sentirse irritados ante el espectáculo de lujo insolente de sus nuevos amos? "¡Bah! Estos pakistaníes son sucios, pero tranquilos...", afirma, despreciativo, un ciudadano de Abu-Dhabi. Son igualmente numerosos: en Abu-Dhabi se cuentan 200.000 extranjeros contra 25.000 abudhabíes "puros".

(1) Ningún extranjero puede trabajar en los países del golfo —ya se trate de conducir un taxi o construir un Hilton— si no se asocia a un ciudadano del país en cuestión, que se convertirá en su "sponsor", su fiador, y al que el primero deberá entregar de un 10 a un 30 por 100 de su salario.

CUANDO TIEMBLAN LOS EMIRES

las más vulnerables: para Arabia Saudita el peligro está en el Sur, cerca del Yemen "rojo" y de un "Cuerno de África" en plena ebullición. Pero en aquella parte del país hay pocas tribus. De ahí la importancia del Ejército de Omán, el único que monta guardia en flanco tan expuesto.

Sea como fuere, estos países, los más ricos del mundo, son los más desprovistos en el plano de la seguridad tanto interior como exterior. Los armamentos, de una tecnología avanzada, adquiridos con profusión por sus Gobiernos, son difícilmente utilizables y sirven, sobre todo, para reciclar unos cuantos petrodólares. Los diferentes proyectos de pactos de defensa regionales no han tenido resultados prácticos. Finalmente, la crisis iraní pone en tela de juicio aquello que constituía el último refugio: la protección militar norteamericana.

Tras la retirada de las fuerzas británicas en el Este de Suez, decidida por un Gobierno laborista en 1968 y aplicada en marzo de 1971, los Estados Unidos tomaron el relevo, oficiosamente primero y luego con claridad. Tras abandonar la "línea de frente" que, durante la guerra fría, intentaba establecer un eje Ankara-Teherán-Islamabad, Norteamérica se replegó poco a poco hacia el golfo, donde, en nombre de la "doctrina Nixon", defendida por Kissinger, multiplicó las ayudas y las promesas. Una base naval norteamericana se instalaba en Bahrein. En 1976, el Pentágono pedía y conseguía un crédito de 100 millones de dólares para mejorar la base de Diego García, en el océano Índico, a fin de que pudiesen recalar allí los gigantescos portaaviones encargados de montar guardia en la encrucijada del golfo y Asia. A Arabia Saudita afluyen instructores, armas, compañías de ingeniería militar: Lockheed, Raytheon, Bendix, Northrop son más discretos, pero tan poderosos como Aramco. El US Army Corps of Engineering construye (por 18.000 millones de dólares) tres ciudades militares: la ciudad Faisal, al Este; la ciudad Abdel-Aziz, al Sur; la ciudad Jaled, todavía inacabada, en el Sudoeste. La Vinell Corporation tiene un contrato de 76 millones de dólares para entrenar a la Guardia Nacional del Reino.

"El Omán, ¿dónde está?"

Pero desde hace dos semanas, los dirigentes árabes no

creen ya en nada. La llegada de los Galaxia, encargados de evacuar a los súbditos norteamericanos del Irán —"¡Los mismos aviones que se utilizaron en el Vietnam! Esa es la suerte que nos espera..."— ha sembrado el desconcierto al otro lado del golfo. El abandono de Taiwan ha repercutido allí igual que en Israel —"Sólo dieron a la isla siete horas de aviso..."—. En una palabra, no se entiende bien qué quiere Carter. Se piensa no que no haya podido intervenir en Irán, sino que sencillamente no ha querido hacerlo. Este faltar a la palabra, a las promesas, es algo muy grave para los socios árabes, beduinos para más inri. ¿De quién fiarse en adelante? ¿De los soviéticos, que avanzan por la región con prudencia, aunque con éxito notable? Para

siado occidental, ha subestimado la resistencia de una sociedad, todavía en buena medida arcaica, al impacto del dinero y las costumbres fáciles. Tal es el análisis que hacen en la otra orilla del golfo para extraer después las consecuencias. Porque aquí el problema es sensiblemente el mismo que en el Irán. Se trata de saber pasar, en diez años, de una sociedad medieval a otra altamente tecnológica.

El desafío sigue siendo inmenso: en 1966, en Mascát, el sultán Saïd ben Teymur prohibía, por Decreto, los hornos de petróleo. Todas las noches ordenaba cerrar a cal y canto las puertas de la ciudad. Los paseantes nocturnos debían ir además provistos de lámparas, pues no existía ningún tipo de iluminación callejera. Estaba prohibido construir nuevas ca-



Automóviles norteamericanos último modelo y minaretes, en Arabia Saudita: dos mundos contradictorios.

regímenes tan religiosos y tan conservadores sería como aliarse con el mismo diablo. Alianza imposible, al mismo tiempo. Los lazos con Estados Unidos, sobre todo los financieros, son demasiado estrechos como para que puedan desatarse fácilmente. ¿Dónde está la solución de recambio?

No existe. Pero, en lugar de esperar y rezar, en los países árabes del golfo se está empezando a reflexionar seriamente sobre las razones que han provocado el desmoronamiento del Sha. ¿Corrupción? ¿Despotismo? Cierto. Pero sobre todo, el Sha ha querido modernizar el Irán a un ritmo demasiado rápido y en exceso brutal. No ha tenido ningún miramiento con el Islam, ha impuesto al país un modelo de desarrollo dema-

nas y, sobre todo, instalar en ellas retretes. Hasta 1970 no llegaron los periódicos, ni los aparatos fotográficos, ni la radio, ni el cine. Hubo que esperar a 1967 para que los mapas, el "Larousse" o la "Enciclopedia británica" registraran un emirato desconocido hasta aquel momento: Fujairah. En 1956, el primer ministro iraní, Nury Saïd, pregunta en una reunión de la Liga Árabe: "¿Dónde está el Omán? ¿Qué fronteras tienen? ¿Quién podría decir cuál es su capital?". Nadie supo responderle.

El dinero del petróleo podría resultar explosivo. Al principio fue el potosí, la economía milagro, un capitalismo si no salvaje, sí al menos delirante. Hoy, después de la ducha fría iraní, parece haber llegado el tiempo

de la reflexión, de los interrogantes. Hay que definir un modelo de desarrollo capaz de integrar los imperativos de la modernidad y de asegurar la paz económica, garantía de la paz social. No es sencillo.

En el golfo, las respuestas varían según los países. Pueden distinguirse dos tipos de reacción. La de Arabia Saudita consiste en superponer una economía de punta, superautomatizada, a una sociedad cuyas estructuras tradicionales son cuidadosamente conservadas. En el hospital de Riyad, los enfermos, vigilados mediante circuitos de televisión cerrados, pueden abrir o cerrar las ventanas, encender o apagar sus aparatos de televisión privados mediante mandos a distancia. Sin embargo, una princesa adúltera es apedreada en la plaza pública.

El camino elegido por Kuwait, Bahrein, Qatar y Abu Dhabi ha sido otro. Desde hace tiempo —es decir, desde hace unos años, al ritmo del golfo—, Kuwait y Bahrein han optado por una democratización moderada, pero real. El ensayo no ha sido, sin embargo, definitivo (ambos Parlamentos están momentáneamente disueltos), pero no por ello ha sido abandonado. Por la misma vía, Qatar, el 18 de diciembre promulgó un presupuesto totalmente nuevo: 65 por 100 de aumento de los créditos destinados a la salud pública; 30 por 100, en los créditos para la vivienda. Al mismo tiempo, un reajuste ministerial integraba por vez primera a jóvenes ciudadanos competentes, y no simples familiares del emir... Por último, en Abu Dhabi, los beneficios del petróleo están tan ampliamente distribuidos que se puede casi hablar de un socialismo de multimillonarios. "Si los pobres dejan de existir, la propaganda de la guerrilla ya no estará justificada ni resultará creíble", afirma el ministro de Asuntos Exteriores de Kuwait, quien añade: "Sobre esta base concebimos el problema fundamental de la seguridad".

Cualesquiera que sean las medidas que adopten los distintos Gobiernos, todos ellos están pensando en la seguridad del golfo, a la vez que en el futuro político de una región altamente estratégica. Porque Dios, que dio fortuna al jeque Zayed, podría hoy quitársela sin que el mundo se tambalee lo más mínimo. ■ • TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".